

Japón: ¿gigante con pies de plomo?

Makoto Itoh

Según el *Informe económico fiscal anual* (julio de 2004), elaborado por el Ministerio de Política Fiscal y Económica, la economía japonesa se está recuperando del prolongado estancamiento que se inició con el estallido de la burbuja inmobiliaria en 1990-1991. La recuperación dio comienzo a principios de 2002. Se caracteriza por un renovado incremento tanto de la rentabilidad como del gasto en maquinaria y equipos del sector de la empresa privada, así como por un aumento de la demanda exterior acompañado de una notable contención del gasto público (igual que de las obras públicas). Por ejemplo, en el año fiscal de 2003 (que alcanza hasta marzo de 2004), se dijo que el Producto Interior Bruto (PIB) japonés había crecido un 3,2%. Habían contribuido a dicho crecimiento el aumento de la demanda interna del sector privado (2,9%) y el crecimiento de la demanda exterior (0,8%), acompañados por un ligero descenso del gasto público (-0,6%). Se decía que la tasa interanual de crecimiento del PIB en el trimestre de enero-marzo de 2004 había llegado al 5,6%, lo que animaba especialmente las expectativas oficiales de una fuerte recuperación económica.

• Artículo publicado en *MR*, vol. 56, n.º 11, abril de 2005, pp. 32-44. Traducción de Joan Quesada. Makoto Itoh es profesor de economía en la Universidad Kokugakuin de Tokio y profesor emérito de la Universidad de Tokio. Para un análisis más minucioso de la economía japonesa por parte del mismo autor, véase *The Japanese Economy Reconsidered* [La economía japonesa a reconsideración] (Palgrave, 2000), y el artículo «Assessing Neoliberalism in Japan» [Evaluación del neoliberalismo en Japón], en A. Saad-Filho y D. Johnston (eds.), *Neoliberalism: A Critical Reader* [Neoliberalismo: una selección crítica] (Pluto Press, 2005).

Las *Perspectivas económicas para el año fiscal 2005*, documento aprobado en sesión del gabinete del 20 de diciembre de 2004, resaltaban de forma similar una sostenida recuperación económica alimentada por el gasto del sector privado. Sin embargo, las estimaciones de crecimiento anual del PIB (por años fiscales) se han visto notablemente revisadas a la baja. La tasa real de crecimiento del PIB para 2003 fue revisada para pasar del 3,2% al 1,9% a fin de dar la impresión de que la tasa de crecimiento repuntaba en 2004. No obstante, la tasa de crecimiento prevista para 2004 se veía rebajada del 3,5% en julio al 2,1% definitivo. Y la tasa de crecimiento para 2005 se cifraba en tan sólo un 1,6%.

Es sorprendente observar una revisión tan marcada de las previsiones más básicas de los indicadores macroeconómicos en el breve periodo de cinco meses. ¿Acaso no es eso un síntoma de la irresponsabilidad del Gobierno japonés con respecto a la dirección económica? De hecho, cuando el Gobierno hizo públicas en julio de 2005 las cifras que mostraban una recuperación económica notablemente fuerte —con la esperanza, sin duda, de que ello tuviera un efecto favorable al Partido Liberal Demócrata (LDP) en las elecciones a la Cámara Alta en julio de 2004?, los empresarios y el pueblo japonés en general quedaron desconcertados. Lo anunciado distaba mucho de lo que la experiencia real de las empresas y la vida económica ponían de manifiesto. La revisión a la baja de las previsiones de crecimiento sólo venía a confirmar el sentimiento diario que inspiraba a la gente su vida económica.

Las revisiones de los datos gubernamentales demuestran que la recuperación económica japonesa continúa estando lejos de ser total y, de hecho, sigue siendo débil e inestable. Es incluso posible que lo que nos aguarde sea una inversión de dicha recuperación. El 16 de febrero de 2005, los datos que hacía públicos el Gobierno japonés mostraban un descenso del PIB del 0,1% en el trimestre que finalizaba en diciembre de 2004, frente al 0,1% de crecimiento previsto. El Gobierno también revisó las cifras de julio-septiembre para situar la tasa en un descenso del 0,3%, en contraste con el 0,1% de crecimiento que había declarado anteriormente. La economía japonesa se había contraído un 0,2% en el trimestre abril-junio. A partir de todos esos datos, ocho institutos privados de investigación revisaron sus previsiones de crecimiento a la baja para predecir, como media, una tasa del 1,1%, en lugar del 1,6% previsto por el Gobierno. Tal y como examinaremos en los siguientes apartados, existen cuatro aspectos que hacen que la recuperación económica japonesa, si no ha tocado ya a su fin, sea estructuralmente limitada, impredecible y difícil.

Entornos internacionales

Una parte sustancial de la recuperación económica japonesa ha venido respaldada por la demanda exterior. Su contribución a la tasa de crecimiento de 2003, tal y como hemos visto, se estimaba que era de un 0,8%, o sea, una cuarta parte del 3,2% de crecimiento total. En el año fiscal de 2004, las exportaciones japonesas se calcula que alcanzaron los 59,4 billones de yenes, o el 11,8% del PIB, lo que generaba un superávit comercial de 13,4 billones de yenes, así como un superávit de la cuenta corriente internacional de 18,4 billones de yenes.

Una gran porción de la demanda exterior en esta fase de recuperación procedía de China y otros países asiáticos. La parte correspondiente a estos en el total de las exportaciones japonesas alcanzaba el 45,5%, lo que suponía el doble del 23,4% registrado en 1984-1987. En el mismo periodo, la parte correspondiente a los Estados Unidos descendió del 37,5% al 28,1%. Si a China le sumamos también Hong Kong, en 2004 la participación de dicho país en el total del comercio exterior japonés (exportaciones más importaciones) superaba el 20% y era mayor que la participación de los Estados Unidos. Según parece, la elevada tasa de crecimiento económico de China y otros países asiáticos supuso la contribución más significativa a la expansión de las exportaciones japonesas.

Aunque el crecimiento de las industrias manufactureras en China y otros países asiáticos tiende a provocar un aumento de las exportaciones de todos esos países tanto a los mercados internos de los demás países como al exterior, incluido Japón, dicho crecimiento incrementa también, simultáneamente, la demanda de maquinaria industrial producida en Japón, así como de coches y de los componentes y modelos de aparatos eléctricos más sofisticados procedentes de dicho país. La multinacionalización de las corporaciones japonesas, con sus inversiones directas en los países asiáticos, ha sido efectiva a la hora de inducir la citada expansión de las exportaciones japonesas, incluido el comercio internacional dentro de una misma empresa.

El aumento de la demanda de aparatos digitales domésticos y de coches en los Estados Unidos y otras economías avanzadas también ha beneficiado a las industrias de exportación japonesas. A pesar de haber disminuido su peso porcentual, el mercado estadounidense continúa siendo importante a tal respecto, ya que sigue manteniendo su condición de primer mercado uninacional para las exportaciones y sigue absorbiendo más del 22% de las exportaciones japonesas de 2004. Sin embargo, la demanda del mercado estadounidense se ha mantenido a expensas del aumento de la deuda

en tres categorías: la balanza internacional, la deuda familiar y la deuda pública del Estado. Está claro que la enorme cuantía de inversiones de cartera japonesas y otras formas de préstamo, así como su aumento de los activos en reservas de divisas, han sostenido directa o indirectamente el fuerte aumento de la deuda de la economía estadounidense. A finales de septiembre de 2004, la cuantía acumulada por las inversiones de cartera japonesas alcanzaba los 207,9 billones de yenes, y los activos en reservas de divisas ascendían a 92,1 billones de yenes; una gran proporción de ambos eran en dólares estadounidenses, en gran parte prestados a los Estados Unidos.

El contexto internacional que ha propiciado la recuperación económica japonesa está repleto de incertidumbres. En la actualidad, está siendo una seria fuente de preocupaciones para la economía japonesa, al menos de tres formas distintas.

En primer lugar, al intensificarse la preocupación internacional por los déficit gemelos de los Estados Unidos (del presupuesto federal tanto como de la cuenta corriente internacional), los tipos de cambio del dólar frente a otras divisas importantes han empezado a descender. El dólar, que en cierto momento cotizaba a más de 130 yenes en 2002, y alrededor de 120 yenes durante la mayor parte de 2003, descendió pronunciadamente en 2004 hasta caer por debajo de los 102 yenes a principios de 2005. Se teme que el dólar caiga aún más. No hace falta decir que una caída del dólar, o una apreciación del yen, supone un golpe para las industrias de exportación japonesas. Por ejemplo, un cierto modelo de coche japonés que se vendía en el mercado estadounidense por un precio de 10.000 dólares y generaba ingresos por valor de 1.200.000 yenes, con un beneficio del 20% en 2003, casi no genera beneficio alguno si se vende al mismo precio en dólares si genera unos ingresos de tan sólo 1.020.000 yenes. Dado que los tipos de cambio de la mayoría de divisas asiáticas, incluido el yuan chino, están ligados al dólar estadounidense, las mismas dificultades que afectan a las industrias exportadoras japonesas en los mercados estadounidenses se presentan también en los mercados asiáticos. Además, lo más probable es que la economía estadounidense entre en fase de depresión como resultado del aumento de los tipos de interés (y, por lo tanto, de la caída de la cotización de las acciones), consecuencia en gran parte de las enormes necesidades prestatarias del Estado. Esa probable desaceleración de la economía estadounidense sin duda afectaría, directa e indirectamente (a través de las demás economías asiáticas) a la economía japonesa.

En teoría, Japón puede compensar una cierta parte de las pérdidas en los mercados estadounidense y asiático incrementando las exportaciones a

la UE, donde la apreciación del euro debería facilitar las exportaciones japonesas. Sin embargo, dado que las industrias japonesas han tenido tendencia a concentrarse en los Estados Unidos y en los países asiáticos, a los que envían más del 70% de sus exportaciones, todavía no están lo suficientemente familiarizadas con la UE y no les resulta fácil acceder a ella con objeto de expandir rápidamente su negocio. Aunque con toda probabilidad se ocuparán de redirigir sus actividades comerciales hacia una UE en expansión, ello aún les llevará algún tiempo y es posible que se vea obstaculdado estructuralmente por la excesiva fortaleza de las relaciones económico-políticas con los Estados Unidos.

Así pues, cualquier reacción política enérgica de Japón frente a las consecuencias de la caída del dólar para la deficiente recuperación económica del país no necesariamente ha de tener un efecto inmediato sobre la clásica postura japonesa de posguerra. Por el contrario, lo más probable es que Japón siga procurando mitigar el impacto con la compra de dólares para incrementar las reservas de divisas en dólares (así como que siga favoreciendo sus inversiones de cartera en dólares), vinculando así de hecho el yen al dólar a fin de (al menos) reducir el ritmo de apreciación del yen. En una entrevista en diciembre de 2003, Hiroshi Watanabe, director general de la Oficina Internacional del Ministerio de Finanzas japonés, declaraba que incluso Toyota podía tener dificultades si el dólar descendía a menos de 100 yenes, así como que para la mediana empresa y el sector servicios cualquier nueva apreciación del yen resultaría dolorosa. Se confesaba «más bien sorprendido» por la aparente disposición del Banco Central Europeo a tolerar la constante apreciación del euro frente al dólar. Al igual que Japón, decía, las economías del núcleo europeo necesitan un tipo de interés más bajo y una depreciación de su divisa (*The Independent*, 8 de diciembre de 2003).

Los bancos y otras instituciones financieras japonesas tampoco se atreverían a vender sus activos en dólares de forma tan masiva como para desatar una crisis monetaria global, temerosos de que eso generara pérdidas aún mayores de capital. Otra de las reacciones posibles sería la de cooperar con los Estados Unidos para persuadir a China de que permita la apreciación del yuan mediante su entrada en el sistema flotante de tipos de cambio.

En segundo lugar, una caída aún mayor del dólar sólo puede provocar una enorme cuantía de pérdida de capital por lo que respecta a su valor en yenes. Dado que en septiembre de 2004 se estimaba que Japón tenía 438,5 billones de yenes en activos de diversos tipos invertidos en el extranjero, una devaluación del dólar y demás divisas a este vinculadas de, por ejem-

plo, un 20% provocaría fácilmente una pérdida de activos por valor de varias decenas de billones de yenes. Sería como si una enorme cantidad (probablemente más de un 10% del PIB japonés) del valor producido por los trabajadores japoneses se entregara como regalo a los Estados Unidos y otros países, a los que en origen se les había prestado y que, después, habrían quedado exentos de pago. Me temo que, de hecho, la pérdida haría disminuir los ahorros, no sólo de los ricos y las empresas, sino también de los trabajadores japoneses, a los que se les ha recomendado que depositen sus ahorros para la jubilación en cuentas dominadas por el dólar (para evitar el tipo doméstico de interés cercano a cero), así como invertir en fondos de inversión fiduciarios, fondos de pensiones y fondos aseguradores mayormente invertidos en activos dominados por el dólar. Los bancos y otras instituciones financieras japonesas ya han sufrido graves pérdidas de capital en sus préstamos e inversiones dominados por el dólar. Sólo recientemente han recuperado la rentabilidad después de más de una década bregando con los préstamos fallidos posteriores al estallido de la enorme burbuja. Tener que sobreponerse a nuevas pérdidas de capital los colocaría en una situación financiera tensionada e inflexible. La consecuencia es que es posible que vuelva a producirse un resentimiento del crédito similar al de la década de 1990, lo que dañaría especialmente a la pequeña y mediana empresa. Por consiguiente, los trabajadores sufrirían enormemente, ya que más de dos tercios de los trabajadores japoneses están empleados en la pequeña y mediana empresa.

En tercer lugar, la recuperación económica japonesa también está amenazada por la fuerte tendencia al alza del precio del petróleo. Desde mediados de la década de 1980 hasta finales de la de 1990, el precio del crudo se mantuvo estable y relativamente bajo. El ascenso se inició a partir de poco más de 10 dólares el barril a finales de 1998, se aceleró con la invasión militar estadounidense de Irak en la primavera de 2003 y a principios de 2005 sobrepasó los 48 dólares por barril, lo que supone casi cuatro veces más que el nivel de 1998. Así pues, es posible que asistamos a la tercera crisis del petróleo después de la primera, en 1973, y la segunda, en 1979-1980. En combinación con la disminución de los abastecimientos de crudo de Oriente Medio a causa de la guerra, el continuo aumento de la demanda de petróleo que provocan las elevadas tasas de crecimiento económico de China y otros países asiáticos actúa como poderoso telón de fondo de dicho aumento de precio. Además, el aumento del precio del crudo ya ha provocado una tendencia al aumento del precio de otras materias primas. La economía japonesa es especialmente vulnerable al impacto de los precios del petróleo, ya que su tasa de dependencia de las importa-

ciones energéticas es de casi un 80%, la mayor con mucho entre los principales países capitalistas (con la sola excepción de Italia). En comparación con las dos anteriores crisis petroleras, el presente aumento del precio del crudo está siendo más prolongado, aunque todavía no ha provocado una inflación generalizada. Hasta el momento, en Japón se ha visto compensado por una tendencia deflacionaria de los precios de los bienes de consumo y los servicios a causa del estancamiento de la renta de los trabajadores, por el hecho de que la sobrecapacidad de producción mundial ha evitado un aumento de los precios por parte de las multinacionales y por la presión de las importaciones baratas (sobre todo de China). Así pues, el aumento de los precios del petróleo y otras materias primas hace que las empresas japonesas teman por sus beneficios y amenaza con revertir la recuperación de las ganancias, una dura y preciada victoria resultado de muchos años de racionalización.

Dado que la recuperación económica japonesa ha dependido en gran medida de la expansión de las exportaciones, y dado que la recuperación de la flexibilidad de bancos y otras instituciones financieras se ha logrado gracias a la reducción de los préstamos fallidos y a la recuperación de la rentabilidad y las nuevas inversiones de la empresa privada, es natural que las preocupaciones que se ciernen sobre cada uno de esos elementos ensombrezcan el proceso mismo de recuperación. Si los temores se hacen realidad, las dificultades estructurales internas básicas del capitalismo japonés volverán a aflorar para provocar una nueva fase de depresión.

El neoliberalismo y el recrudescimiento de la crisis fiscal del Estado

Tres son los actores principales de que se compone la economía japonesa contemporánea: la empresa privada, el Estado y los trabajadores. Está claro que la primera ha salido ganando desproporcionadamente con el reciente proceso de recuperación. De hecho, mientras que los beneficios de poco más que unas cuantas grandes empresas situadas en la franja superior de la bolsa de Tokio (las empresas de mayor capitalización) han registrado cotas históricas en el año fiscal de 2004, la crisis fiscal del Estado ha empeorado constantemente y las condiciones de vida de los trabajadores se han mantenido estancadas dentro de la dureza.

Según los presupuestos del Gobierno para el año fiscal de 2005, a pesar del aumento de los impuestos a las empresas y al consumo (ventas), la cuantía de las nuevas emisiones de bonos del Estado (incluidas las que sirven para refinar bonos vencidos) alcanzará los 169,5 billones de yenes y será la mayor de la historia. A finales del año fiscal de 2005, la extraor-

dinaria cantidad de bonos nacionales superará los 538,4 billones de yenes y superará por primera vez el PIB anual. Si a esto le sumamos el endeudamiento de los gobiernos locales, la cuantía total de la deuda pública japonesa subirá hasta los 774 billones de yenes, 1,9 veces mayor que en 1995. Eso representa 6 millones de yenes (unos 60 mil dólares) per cápita, y el 151,2% del PIB, con mucho el nivel más alto de entre los siete principales países avanzados. Italia ocupa el segundo lugar en proporción de deuda pública con respecto al PIB, con un 119%, mientras que los cinco países restantes se mantienen dentro de la franja del 40-70%. Incluso en los Estados Unidos, la proporción de la deuda gubernamental con respecto al PIB anual será del 64,9% en 2005 (véase OECD, *Economic Outlook* [Perspectivas económicas], 76, diciembre de 2004).

Resulta más bien irónico ver cómo las políticas neoliberales de Japón, que, supuestamente, tenían como objetivo la contención del déficit fiscal del Estado desde principios de la década de 1980, han incrementado sostenidamente el extraordinario endeudamiento público y han recrudecido la crisis fiscal del Estado. Justo antes de que las políticas económicas japonesas viraran hacia el neoliberalismo bajo el rótulo de la reforma administrativa, los bonos extraordinarios del Gobierno ascendían a 70,5 billones de yenes, en 1980. Para el año 2005, la deuda había aumentado más de siete veces.

Ese enorme incremento de la deuda estatal es consecuencia de políticas económicas erróneas. Por un lado, el presupuesto estatal sufre del denominado «vaciamiento» de la recaudación impositiva debido a las reducciones de los tipos impositivos que satisfacen a los ricos, además del descenso general de la recaudación de impuestos como consecuencia del estancamiento persistente de la economía japonesa hasta los años de 1990. En línea con las políticas neoliberales estadounidenses desde la década de 1980, el tipo impositivo de las empresas se ha reducido gradualmente del 42% al 30%, y el tipo impositivo marginal máximo ha pasado del 75% al 37%, además de la sustancial rebaja del impuesto de sucesiones, que favorece a los ricos. Todo ello se ha hecho para enfrentarse a la competencia global reactivando los principios económicos de la competencia en el mercado. En contraste con dichas rebajas, en 1989 se introdujo un impuesto indirecto sobre el consumo del 3%, que fue elevado al 5% en 1997, lo que hizo recaer el peso de la crisis fiscal del Estado sobre los hombros de los trabajadores en general. La recaudación por el impuesto sobre el consumo se esperaba que superara los 10 billones de yenes en el año fiscal de 2005, cantidad casi equiparable a la recaudación por el impuesto a las empresas, aunque con ello todavía se está muy lejos de resolver el problema del vaciamiento de la recaudación.

Por otro lado, ha sido difícil reducir el gasto anual del Gobierno. De hecho, de acuerdo con las políticas neoliberales, se ha recortado ampliamente el gasto público en seguridad social y educación general. Sin embargo, se ha emprendido reiteradamente lo que se conoce como políticas económicas de emergencia, básicamente inversiones en la construcción de carreteras, edificios públicos y en nuevos proyectos de líneas de tren de alta velocidad, para mitigar las dificultades de los bancos afectados por hipotecas fallidas basadas en unos precios inflados del terreno y por préstamos fallidos a empresas constructoras. Por ejemplo, el total del gasto público en dicho concepto entre 1992 y 2000 ascendió a 120 billones de yenes. Por ello, Japón ha llegado a conocerse con justicia como un «Estado constructor» y, al afrontar unas políticas oficiales neoliberales, el Gobierno ha seguido, irónicamente, una vía de estilo keynesiano y ha generado enormes déficit presupuestarios. Además, desde 1998 se ha inyectado directamente a los bancos unos 30 billones de yenes de dinero público. El gasto militar también ha sido difícil de recortar, incluidos los costes de sostener las bases estadounidenses en Japón, la compra de armamento sofisticado a los Estados Unidos y la cooperación en las guerras estadounidenses en Oriente Medio. En círculos empresariales japoneses, dicho gasto militar tiende a considerarse como un precio necesario para vender sus productos y continuar con sus actividades en el mercado estadounidense.

Además, la rápida transición hacia una «sociedad envejecida» hace que resulte más difícil reducir el presupuesto total destinado a políticas de bienestar, aunque el nivel de servicio público a los individuos se ha visto drásticamente reducido. Por ejemplo, la parte de los gastos médicos sufragada por los individuos en el sistema sanitario público pasó del 10% al 20% en 1997, y al 30% en 2003.

Como consecuencia del recrudecimiento de la crisis fiscal, el presupuesto estatal de 2005 para gastos de devolución de deuda debidos a la enorme cuantía de las emisiones de bonos del Estado ascendió a 18,4 billones de yenes, más del triple del gasto público total en educación y promoción de la ciencia y la tecnología. Así pues, unos ingresos casi equivalentes a la totalidad del gasto en bienestar social se redistribuyen entre los poseedores de bonos del Estado, que son en gran parte los bancos y las personas más ricas. Una preocupación evidente es que, si el interés extremadamente bajo que ofrecen dichos bonos en la actualidad (cosa que se ha conseguido situando la tasa de descuento oficial del Banco de Japón en el 0,1%) aumentara, aunque sólo fuera ligeramente, la crisis fiscal del Estado se agudizaría debido al masivo incremento de los costes de sufragar la deuda que ello ocasionaría.

Está claro que dicha crisis fiscal estructural del Estado, tanto por lo que respecta a la recaudación como en lo relativo al gasto, demuestra un evidente fracaso del neoliberalismo a la hora de recuperar un presupuesto saneado o de reactivar la economía japonesa. Las medidas escogidas en términos de políticas para hacer frente al recrudecimiento de la crisis fiscal, por muy confundidas e incoherentes que sean, muestran un patrón constante invariable: favorecen a las empresas capitalistas y a las personas más ricas y van en detrimento de los trabajadores en general y, especialmente, de las personas más débiles de la sociedad. Dichas políticas amplían la desigualdad presente en la vida económica de los japoneses y, llegados a estas alturas, deberían hacer pensar, incluso a los nomarxistas, en la antigua noción de la sociedad de clases.

El deterioro de las condiciones de los trabajadores

De la mano de la recuperación económica, el paro oficial en Japón descendía en noviembre de 2004 a 2,9 millones de personas, por debajo de los 3 millones por primera vez en tres años y once meses. La tasa de desempleo mejoró para situarse en el 4,5%, después del 5,7% (con 3,75 millones de desempleados en números absolutos) de 2002. Aunque los datos oficiales es posible que produzcan la impresión de una fuerte recuperación del empleo, se trata de una impresión engañosa por varias razones.

Entre los economistas políticos se acepta por lo común que las estadísticas oficiales de desempleo en Japón deberían doblarse para que sean comparables con los datos de los países occidentales avanzados. La definición de desempleo es excesivamente restringida. Excluye, por ejemplo, a cualquier persona que hiciera una hora de empleo remunerado en la semana previa al mes investigado. Si doblamos la cifra, esa tasa de desempleo del 4,5% se convierte en un 9%, con lo que resulta notablemente elevada incluso si se la compara con la de los países europeos.

La reducción del número absoluto de desempleados y de la tasa de desempleo no ha producido, de hecho, un aumento proporcional del empleo. El número de personas empleadas se mantuvo en 2003 casi al mismo nivel que en 2002, y en 2004 se incrementó sólo modestamente, para pasar de los 53,4 millones de 2003 a los 54,6 millones. Incluso el *Informe económico fiscal anual* (julio de 2004) reconoce que el empleo en Japón es probable que esté aquejado de estancamiento estructural desde la segunda mitad de la década de 1990, a pesar de la fase de recuperación de las empresas privadas. En particular, el empleo en la industria manufacturera ha disminuido constantemente desde 1993. Así pues, la reducción del desempleo

se debe más bien al número de personas que abandonaron el mercado laboral y dejaron de buscar trabajo, bien debido a su avanzada edad o bien por la dificultad de encontrar un empleo estable adecuado.

Al mismo tiempo, las personas conocidas como NEET [*Not in Education, Employment or Training*, o sea personas que no están dentro del sistema educativo, ni trabajan ni están en periodo de formación] son cada vez más numerosas. Ahora se trata ya de personas graduadas en escuelas o universidades, solteras, que ni estudian ni se dedican a las tareas del hogar, y que no intentan buscar trabajo. Según el *Libro blanco sobre la economía del trabajo 2004*, del Ministerio de Sanidad, Trabajo y Bienestar Social, el número de NEET en la generación que va de los 15 a los 34 años era de 520.000 en 2003 y, en un año, aumento en 40.000 personas más. Ello es reflejo en gran medida de las graves dificultades que existen para encontrar un trabajo adecuado. De hecho, la tasa de desempleo de la generación más joven tiende a ser elevada. A finales de 2003, la tasa oficial de desempleo entre las personas de 21 a 24 años ascendía al 9,8%. Se calcula que el número de NEET, que no cuentan como desempleados, es igual a casi la mitad del número de desempleados de esa misma generación.

A pesar del ligero aumento cuantitativo del empleo, la calidad del empleo se ha deteriorado. En 2002-2004, los empleos de media jornada aumentaron en 1,5 millones, mientras que los trabajadores regulares descendieron en más de esa cifra. Como consecuencia, los salarios han bajado. La remuneración por empleo en la cuenta nominal de rentas del país ha descendido tanto en cantidad total como per cápita durante la fase de recuperación de 2001 a 2004. Así pues, la parte relativa correspondiente a los trabajadores en la cuenta nacional ha descendido y ha retrocedido al nivel de principios de la década de 1990. Como consecuencia, la demanda de consumo en su conjunto continúa estancada en comparación con la demanda para inversiones en el sector privado, ello a pesar de la fase de recuperación.

Deberíamos destacar como factor de fondo importante que el poder de los sindicatos japoneses ha descendido fuertemente. Su tasa de afiliación entre los trabajadores empleados descendió desde el 35,4% de 1970 hasta el 19,6% de 2003. En particular, las políticas neoliberales privatizaron en 1985 tres empresas de titularidad estatal —los Ferrocarriles Nacionales de Japón (JNR en sus siglas inglesas), la Corporación Pública de Telegramas y Teléfonos de Japón (NTT en sus siglas inglesas) y la Corporación Pública del Tabaco y la Sal de Japón—, lo que supuso un duro golpe para el ala más militante del movimiento obrero japonés. Como consecuencia, el Consejo General de Sindicatos de Japón (Sohyo), que había sido el núcleo

del movimiento obrero de izquierdas en el país y estaba apoyado en gran medida en el sector público, se disolvió y se unificó con la Confederación Japonesa del Trabajo (Domei) para formar una nueva confederación nacional de sindicatos, la Confederación de Todos los Sindicatos Japoneses (Rengo) en 1989.

Dicha evolución también causó una conmoción en el Partido Socialista Japonés, a la que vino a sumarse el colapso de la Unión Soviética. El Partido Socialista, que, con el apoyo de Sohyo solía ocupar un tercio aproximado de los escaños parlamentarios, ha ido perdiendo escaños de manera constante. En 1996 cambió su nombre (y su carácter) por el de Partido Socialdemócrata de Japón, y en la actualidad ha quedado reducido a un pequeño partido con sólo 6 de los 480 escaños de la Cámara de Representantes en las elecciones de 2003. El Partido Comunista de Japón, que se había visto fortalecido y había conseguido compensar una reducida parte de las pérdidas del Partido Socialista en la década de 1990, también perdió 11 escaños y se quedó con sólo 9 en las elecciones de 2003.

Así pues, los trabajadores japoneses han perdido considerablemente su poder de negociación colectiva a través de los sindicatos, así como el poder representativo de sus partidos políticos. Con el aumento de los empleos a tiempo parcial mal remunerados y de otros tipos de trabajadores irregulares, el salario medio ha tendido a disminuir. En 1998, se relajaron las leyes de protección del trabajo. Las agencias de empleo privadas quedaron liberalizadas y se aumentó la gama de empleos abiertos a dichas empresas. Las horas extraordinarias también se desregularon. Se abolieron los límites impuestos a los pagos discrecionales, así como el límite temporal de un año para los empleos a tiempo parcial, a fin de otorgar mayor «flexibilidad» a la empresa privada para emplear a personas a tiempo parcial (generalmente mujeres) con menor remuneración durante mayores periodos de tiempo. Debido a las presiones de un mercado competitivo e inestable, han aumentado claramente las horas extraordinarias de trabajo, con su carácter estresante, y otros tipos de condiciones laborales endurecidas.

En el proceso mismo de recuperación económica, las muertes relacionadas con el trabajo aumentaron hasta 317 en 2002, incluidos 160 casos de *karoshi* o muerte por exceso de trabajo. La cifra anual de suicidios superó por primera vez las 30.000 personas en 1998, y en 2003 ascendía a 34.427 personas. La tasa de suicidio japonesa es la más alta de los principales países avanzados, y más del doble que la de los Estados Unidos. Entre las causas de suicidio, los problemas económicos y de medios de vida representan el 26%, el fracaso laboral el 6% y la enfermedad el 45%, cifra que incluye también las enfermedades mentales y físicas más o menos rela-

cionadas con el trabajo. Tal aumento de los casos de *karoshi* y de suicidio simboliza las duras, irregulares y deterioradas condiciones de trabajo y de vida a las que se enfrentan la mayoría de los trabajadores japoneses y contrasta fuertemente con la recuperación de la rentabilidad de las empresas capitalistas.

La amenaza del descenso de población

Otro síntoma importante del deterioro de las condiciones sociales de los trabajadores japoneses es el fuerte descenso de la tasa media de natalidad. No es necesario explicar que la media de natalidad debe ser de más de dos hijos por mujer si no queremos que descienda la población. En el caso de las mujeres japonesas, dicha tasa era superior a dos a principios de la década de 1970, pero desde entonces ha caído constantemente hasta ser de 1,29 en 2003. Así pues, se calcula que la población japonesa empezará a descender después de 2006. Si especulamos con la prolongación a largo plazo de dicha tendencia, la población de Japón se habrá reducido a la mitad antes de final de siglo, y habrá regresado a las cifras del periodo feudal de Edo hacia finales del siglo siguiente.

El descenso de la tasa de natalidad es algo más o menos común en muchos países avanzados (a excepción de unos pocos, como los Estados Unidos), pero Japón se encuentra entre los países donde dicho cambio se ha dado con mayor rapidez. Un cambio súbito hacia una sociedad envejecida desbarata las proporciones relativamente estables de la economía japonesa de la posguerra. El cambio amenaza con socavar las habituales expectativas de planes de pensión, cobertura sanitaria pública e instituciones escolares, con agravar la crisis presupuestaria del Estado y dañar la viabilidad económica nacional por lo que respecta a las perspectivas de crecimiento tanto de la demanda de consumo como de la oferta de fuerza de trabajo. Por lo tanto, este último aspecto viene a completar un círculo vicioso de una economía japonesa con problemas estructurales.

Marx, en *El capital* (vol. 1, cap. 25, sec. 4) formula como «una de las leyes de la sociedad capitalista» el hecho de que «no sólo el número de nacimientos y muertes, sino el tamaño absoluto de las familias, está en relación inversa al nivel salarial y, por lo tanto, a la cantidad de medios de subsistencia de que disponen las diferentes categorías de obreros». Cita la afirmación de Adam Smith de que «la pobreza parece estimular la procreación», así como la predicción de Samuel Laing de que «si todo el mundo viviese desahogadamente, la tierra no tardaría en quedar despoblada». Esta misma ley puede aplicarse perfectamente a la presión de la explosión

poblacional en muchos de los países en desarrollo del mundo contemporáneo. Sin embargo, la tendencia a la despoblación de Japón y otros países avanzados no es consecuencia de la presencia de unas circunstancias fáciles para los trabajadores.

Más bien al contrario, el matrimonio se ha retrasado debido a la masiva movilización de las mujeres trabajadoras, peor remuneradas, en las puestos de trabajo automatizados equipados con diversas tecnologías de la información (TIC) en el proceso de reestructuración capitalista bajo la presión de constantes depresiones y de la ideología neoliberal. Los sistemas de asistencia social tales como el acceso de los jóvenes a viviendas de precio razonable, las garantías de baja de maternidad y los centros públicos de cuidado infantil se han mantenido en un nivel insuficiente y no han experimentado ninguna mejoría con las «reformas» neoliberales. Sometido a la presión de unas largas jornadas laborales y unos sueldos bajos en empleos poco prometedores (o a la presión aún mayor del desempleo), el modelo tradicional de criar una familia en una vivienda propia resulta cada vez más difícil de alcanzar para una gran proporción de la generación más joven.

El capitalismo se ha desarrollado sobre la base de la transformación en mercancía de la fuerza laboral humana debido a la desintegración de las formaciones y unidades sociales comunitarias. A partir de la destrucción de los órdenes sociales feudales comunitarios, el capitalismo japonés pasó a movilizar a un número progresivamente mayor de trabajadores en el mercado laboral urbano. La población total se ha cuadruplicado desde la restauración Meiji en 1868 como consecuencia de la abolición de las restricciones demográficas feudales. Sobre todo en el periodo de posguerra de elevado crecimiento económico hasta 1973, la familia de dimensión grande (que incluía normalmente a tres generaciones) se dividió por lo general en familias nucleares con dos generaciones, dado que la generación más joven se mudaba a los focos de empleo capitalistas en las ciudades. Después de eso, debido a la influencia tanto de las TIC, en una sociedad capitalista estructurada en torno a la empresa, como de las presiones de las iniciativas neoliberales para enfrentarse a la competencia global, las familias nucleares parece que se han fragmentado aún más para ampliar la oferta de una fuerza laboral más barata compuesta de trabajadores solteros, así como la demanda de bienes de consumo y servicios de elevada rentabilidad (como teléfonos móviles, reproductores personales de música y juegos de ordenador) que, dada su naturaleza, no compran las familias en conjunto, sino los individuos.

Así pues, en un cierto sentido, las sociedades capitalistas avanzadas contemporáneas como Japón están paradójicamente socavando sus propios

cimientos sociales, apoyados en la reproducción de los seres humanos, como consecuencia de la excesiva mercantilización de la fuerza laboral a causa de la creación de una sociedad de mercado extremadamente individualista. Por consiguiente, la despoblación de Japón no significa en absoluto que los trabajadores vivan en circunstancias fáciles, sino que es más bien síntoma de una profunda enfermedad estructural arraigada en la tendencia histórica básica de la economía de mercado capitalista que tendenciosamente conduce a las sociedades hacia un individualismo atomizador.

Los problemas estructurales de la economía japonesa, tal y como hemos visto, no podrán resolverse con la postura política neoliberal que actualmente predomina. El orden económico capitalista, estructurado alrededor de la empresa, que ha desencadenado el neoliberalismo ha agudizado la inestabilidad, la desigualdad, el individualismo estresante, la crisis fiscal del Estado y una crisis social de la reproducción generacional. La relevancia de la economía política marxista se pone claramente de manifiesto en su capacidad para presentar análisis objetivos de problemas graves de nuestra época en relación con el funcionamiento básico y el carácter histórico de la economía de mercado capitalista. Aunque todavía trágicamente incierta, la restauración del socialismo democrático resulta tanto deseable como necesaria en el plano global en vistas a lograr un futuro digno de todos los sueños, sufrimientos y sacrificios de los trabajadores. Es posible edificar dicho futuro mediante proyectos locales de colaboración entre las personas, movimientos contra la guerra y contra el militarismo, movimientos que reivindiquen la mejora de las políticas de bienestar social, movimientos sindicales y otras formas amplias de lucha contra la opresión capitalista de los trabajadores. Para que dichas respuestas prácticas se produzcan de manera más unitaria y con mayor confianza, es necesario que se fundamenten en una comprensión crítica del capitalismo contemporáneo. Los intelectuales socialistas que cooperan internacionalmente pueden ayudarnos a construir tales cimientos.